



JORGE VELARDE

Y SU DUENDE MUY PARTICULAR

Velarde trabaja con figura, todo su sistema significativo está en clave de figuración. Pero no es naturalista y sólo parcialmente está en el expresionismo". Esta precisa afirmación de Hernán Rodríguez Castelo, quizá el más "crítico" entre los críticos de arte en el Ecuador, resume este espacio indefinible que ocupa Velarde en la pintura. Esta figuración detalladísima que constituye la piedra angular de su obra está en un punto intermedio entre hiperrealismo y expresionismo (entendido como una interpretación de la figura humana), emparentado a menudo con un sarcasmo caricatural muy fino que nos recuerda a los dibujantes de *New Yorker*, considerada la mejor revista del mundo y reconocida

en especial por este tipo de arte.

Nacido en 1960, Jorge Velarde se muestra no disgustado sino francamente preocupado de que sigan refiriéndose a él y sus contemporáneos (por la prensa especializada) como "jóvenes artistas". Le parece indicativo y sintomático de una grave falencia de oficio entre los pintores "realmente jóvenes" el hecho de que la crítica les siga endilgando el término a él y a pintores como Patiño, Restrepo y Alvarado que fueron sus compañeros en

el Colegio de Bellas Artes. Velarde es cándido y franco, al punto de discutir sus falencias y limitaciones como pintor atribuyendo estas en gran parte a las deficiencias en la formación que imparte dicho Colegio de Bellas Artes.

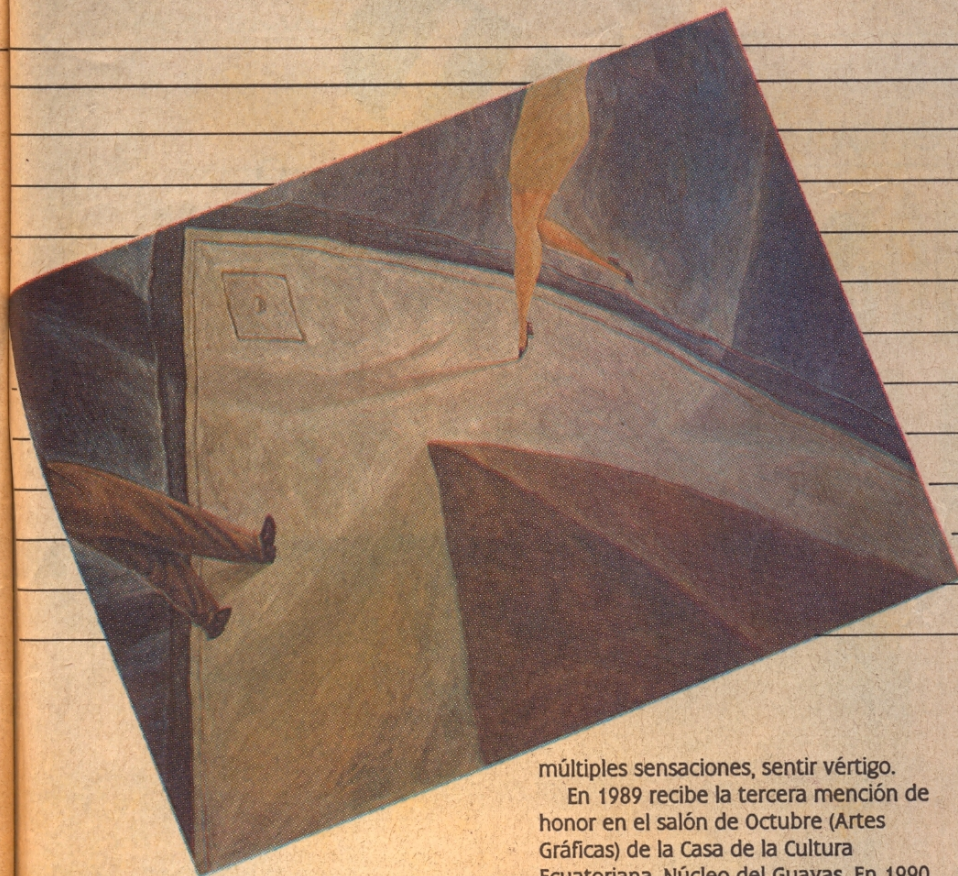
Velarde comienza a ganar premios y distinciones en 1983, con la primera mención de honor en el Salón Nacional Vicente Rocafuerte en Guayaquil. En 1985 y luego de obtener una mención en el Salón de Julio, Velarde viaja a España en busca de una carrera como cineasta, aunque en realidad obedece al impulso de salir de este medio asfixiante y conocer el mundo. Durante su estadía en Europa "me pinté a mí mismo y de esa manera me sentí más enraizado que nunca con el Ecuador. Traté de hacer otras cosas y no resultó, descubrí la ambivalencia del bien y del mal, la parte dual que todos tenemos". Pienso que es ahí donde Velarde adquiere la madurez para autocriticarse y verse a sí mismo en una forma descarnadamente realista.

"Me confundo con la utilización de muchos colores y si los mezclo me salen unas tonalidades extrañísimas. Por esto he reducido mi paleta a cuatro colores y, de estos, una sola tonalidad".

Esta fue su respuesta cuando le indiqué que sus colores son lúgubres. Lo cierto es que esta lugubricidad colorista se acopla perfectamente a la temática de su pintura que, en una verdadera ola ascendente de éxitos, se viene dando en la carrera de este enigmático artista y pintor.

Resumiendo entonces, esta





figuración neoexpresionista de corte hiperrealista se da, casi totalmente, en el interior de habitaciones o ambientes sórdidos (muchas veces coronados por ventiladores de techo), en mayor o menor grado, y poblados de seres afectados por un "angst existencial" casi palpable físicamente. Juan Hadatty se refiere al tratamiento de los ambientes "velardianos" de la siguiente forma: "Ha desarrollado con acierto el concepto de la desubicación que no es la antiperspectiva sino el raro enfoque que plantea lo neofigurativo desde ángulos inusuales". Como prueba confirmativa de esta aseveración no hay sino que mirar un cuadro de Velarde para, entre

múltiples sensaciones, sentir vértigo.

En 1989 recibe la tercera mención de honor en el salón de Octubre (Artes Gráficas) de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas. En 1990 gana el primer premio en el salón de Octubre, pintura, y en 1993, año en que el salón de Julio recupera su antigua prestancia "con un talante de especial seriedad", Velarde arrasa con la competencia y gana el primer premio. Hernán Rodríguez se expresa al respecto de la siguiente forma: "Las tres obras del galardonado eran lo más aplastante del salón. Velarde sigue ahondando en una doble línea que viene desde atrás -el dominio del espacio y un hondo y como asombrado (aterrado) penetrar en el ser del existente humano, preso en esos espacios, se torna en metáfora del ser del hombre en el mundo el dasein heideggeriano-".

Al momento de mi entrevista con Jorge Velarde, el pintor siente una madurez pausada ante un momento de reflexión provocado por el hecho de que, como él dice, "es malo copiar a alguien pero lo más terrible es cuando empiezas a copiarte a ti mismo". O sea, la aceptación de la obra al que más le ha sorprendido es a él mismo y es lo suficientemente cerebral como para darse cuenta de los peligros que entraña copiarse a sí mismo. Jorge Velarde busca otros ambientes, quizá la danza o el teatro, o quizá irse abriendo de estrictos interiores que atrapan a la gente. Mientras tanto, Velarde dibuja y disfruta de su nueva y bien ganada madurez.



Por Sergio Pérez